

ANTONIA NAVARRO TEJERO, *Gender and Caste in the Anglophone-Indian Novels of Arundhati Roy and Gita Hariharan. Feminist Issues in Cross-Cultural Perspectives*. Lewiston, Queenston, Lampeton: The Edwin Mellen Press, 2005, 172 pp. ISBN: 0-7734-5995-2.

Entre los libros especializados en el entendimiento y desarrollo del discurso feminista en la literatura podemos encontrar esta contribución de la profesora de la Universidad de Córdoba, Dra. Antonia Navarro Tejero, a la sazón presidenta de la recién creada Asociación Española de Estudios Interdisciplinarios sobre India (AEEII, 2008) y una consumada conocedora de este inmenso país, pues no en vano ha pasado gran parte de su vida en él, desde que se licenciara en Filología Inglesa por la Universidad de Huelva y tras su paso como Fulbright Scholar por la Universidad de California (Berkeley), durante el curso académico 2004-2005. Gran parte de la especialización emprendida por Navarro Tejero ha desembocado, pues, en la interacción entre la literatura escrita por mujeres y la teoría postcolonial, especialmente en lo tocante a lo que se ha venido denominando como el estudio de la subalternidad. En la década de los setenta y tras una lectura marxista del término, hecha por el italiano Antonio Gramsci, que lo definía casi como un sinónimo de las masas oprimidas, los críticos de la teoría postcolonial se lo apropiaban acto seguido, para referirse a aquellos grupos sociales minoritarios que sufrían la hegemonía de los sistemas de poder imperantes (cfr. Homi K. Bhabha) o, incluso más específicamente, a aquellos sectores sociales a los que se le niega el acceso a la palabra por parte del imperialismo cultural del sistema que se les impone (cfr. Gayatri Ch. Spivak). Todo ello está relacionado con los estudios sobre poder del crítico francés Michel Foucault, y con los de márgenes (o periferias) y centros, así como con otras tendencias críticas, como las de clase, género y raza. Estas disquisiciones —y algunas otras, como las genéricas, las neohistoricistas y las sociales—, son analizadas por Navarro Tejero en su primer capítulo, que traza detalladamente y con una casuística bastante extensa una evolución de la literatura angloindia escrita por mu-

jeses en su contexto, definida por oposición a la literatura masculina y ortodoxa imperante en el momento en que las dos novelistas, objeto de estudio, escriben sus novelas.

Efectivamente, tanto *The Thousand Faces of Night*, de Githa Hariharan (1992), como *The God of Small Things*, de Arundhati Roy (1997), describen de forma explícita y sugerente la situación de dominio patriarcal, sumisión marital y opresión de castas del sur de la India (en los Estados de dominio del malayalam, de Tamil Nadu y Kerala), así como las formas de íntima rebeldía y subjetividad femenina (como lo expresa Navarro), que sugieren una necesidad de dar voz a ese silencio autoimpuesto por la subalternidad que padecen. Existen muchas coincidencias entre ellas, algunas de las cuales son verdaderamente curiosas: ambas son la *opera prima* de sus autoras —y en el caso de Roy, la única hasta la actualidad, pues se ha dedicado al activismo político y a la escritura ensayística con bastante fortuna hasta el momento— Hariharan, en cambio, ha publicado tres novelas más y varios libros de relatos; ambas gozaron de inmediato reconocimiento, al ganar la primera de ellas el Commonwealth Writers Prize, y el prestigiosísimo premio Booker, la segunda. El confesionalismo semiautobiográfico que ambas obras desprenden se analiza, en el segundo capítulo del libro de Navarro, desde el punto de vista de la construcción sociocultural cronológica, es decir, ocupándose de la narración de la infancia, la adolescencia y la madurez. La autora concluye que tras la fase edénica de la infancia y la tormentosa adecuación entre la modernidad y la tradición, fruto sobre todo de las disputas generacionales de la juventud, el resultado no puede ser sino el de la creación de una personalidad madura compleja e híbrida, a saber, que se debate entre el acatamiento de las imposiciones de la tradición machista de la sociedad y la afloración de las verdades interiores y, por consiguiente, de la angustia existencial y de la rebeldía de baja intensidad provocada por su situación como mujeres. Inteligentemente, Navarro Tejero nos conduce, en los dos siguientes capítulos, a la desconstrucción del entramado de poder desde el punto de vista de las principales estructuras que lo constituyen. Tanto la familia



(como ya hemos visto), como la religión y la nación, van dibujando *in crescendo* la violencia a la que las mujeres indias son sometidas. Se analiza, así, dentro de los núcleos familiares, uno de los motivos literarios que han producido más *corpora* en la literatura angloindia: el de los matrimonios de conveniencia (o *arranged marriages*), una verdadera institución en el sistema tribal de gran parte del subcontinente indio. Un ejemplo publicado en la década precedente de los ochenta lo podemos encontrar en *Sumitra's Story*, de Rukshana Smith (1982), donde se traza el perfil recurrente de la muchacha de origen indio que se debate entre, por un lado, la obediencia a las normas familiares y la sociedad machista (en este caso tras haber emigrado y haber sido educada en Inglaterra), y la libertad espiritual y el libre albedrío de la sociedad post *women's lib movement*, por el otro. O también léanse, por ejemplo, obras coetáneas a las de Roy y Hariharan, tales como la que lleva precisamente por título *Arranged Marriage*, de Chita Banerjee Divakaruni (1995), donde se describe cómo la tradición de este tipo de esponsales mantiene atrapadas a las jóvenes casaderas indias, incluso cuando emigran a países anglófonos del primer mundo. El libro tiñe de este modo de tintes racistas las relaciones interraciales, y se relatan las diferencias de clase, y otros asuntos tan dispares entre culturas, como pueden ser el divorcio y el aborto. También en *The Hope Chest*, de la pakistaní Rukhsana Ahmad (1996), se narra la tortuosa realidad de los matrimonios impuestos a niñas en su más tierna edad, lo que Navarro llama en su obra apropiadamente el «tráfico institucional de mujeres», que conduce inevitablemente a la violencia de género posterior, dada la ausencia total de complicidad, cariño o incluso amistad entre los cónyuges. Tanto la novela de Hariharan como la de Roy ejemplifican esta realidad, al mismo tiempo que la relacionan con el debate de la separación de castas, la imposibilidad, por ejemplo, de enamorarse de un hombre de una casta superior (en *The God...*), o con la imagen de sacrificio autoimpuesto por las propias mujeres indias, en pro de la estabilidad familiar (en *Thousand Faces...*).

Uno de los capítulos más extensos y documentados —donde más se demuestra el conoci-

miento *in situ* de Navarro sobre la realidad social india— es el dedicado a la religión, que lleva como subtítulo la «manipulación del conocimiento». Reconociendo la actitud revisionista de ambas escritoras sobre los absolutos de su civilización, la investigadora andaluza realiza un profundo estudio de las raíces generadoras de la tradición hindú, sobre todo partiendo desde las lecturas más antiguas y fundamentalistas de los libros de los brahmanes, que conducirán a la existencia de una doble moralidad en los valores más ortodoxos de su cultura. Se trazan, así, los procesos de reinterpretación y revaloración de los mitos tradicionales hindúes, teñidos las más de las veces de una pátina impositiva que se ha ido configurando a través de los años de dominio patriarcal de esta sociedad. Utilizando los textos críticos de autores tanto orientales como occidentales (como Vasudha Narayanan o Rosemary George, por ejemplo), Navarro analiza minuciosamente las relecturas ideológicas de los Vedas, los Upanishads, o los relatos épicos del Mahabarata y el Ramayana; sobre todo, en las transformaciones morales que se hacen de las figuras femeninas: Parvati, Lakshmi, Kali, por citar tan solo algunas de las diosas más literariamente aludidas y malinterpretadas en el complejísimo universo de la cosmogonía hindú. Algo parecido a lo que sucede en la segunda novela de la antes mencionada Divakaruni, *The Mistress of Spices* (1997), donde la protagonista, Tilo, utiliza las especias para aliviar la dislocación y la alienación de los emigrantes indios en sus nuevos países y, sobre todo, para unir a la gente a través de la destrucción de los estereotipos y los mitos. El poder quitarse esa losa de opresión milenaria haría posible —como narra Ginu Kamani en sus relatos, agrupados en el libro *Jungle Girl* (1995)— por citar un solo caso, el que la mujer india encontrara su yo verdadero y fuera capaz de demostrar una libertad familiar y sexual que ha sido reprimida por la moralidad de su pueblo. En este sentido, el calificativo *jungle* alude precisamente a esa condición de liberación de la mujer india, y opone la condición de salvaje e incontrolable a la de sumisa y encorsetada.

En cuanto al capítulo en el que se relacionan mujer y nación, Navarro demuestra su co-

nocimiento de la línea reformista, activista y de izquierdas a la que Roy está ligada y, también, de la corriente del humanismo social que parece seguir Hariharan, sobre todo cuando se refieren literariamente las dicotomías opresoras entre la mujer doméstica y la mujer trabajadora, la distinción entre la habitación femenina de la fábrica y de la casa (en el caso de *The God...*), o, asimismo, la jerarquía inexorable del sistema social de castas, de ambas obras. Utilizando la terminología marxista a la luz del nuevo capitalismo imperial, Navarro ejemplifica claramente la situación de poder entre el primer mundo expansionista y el tercer mundo emergente, entre el individuo y la sociedad que lo enmarca y, sobre todo, entre la mujer trabajadora y su entorno pluralmente hostil. La violencia del entramado social hindú, sobre todo en ámbitos rurales y deprimidos, se ejemplifica a través de varios extractos de las dos novelas, en un sagaz recorrido por la fatal y a la vez acuciante necesidad de cambio que expresan ambas autoras en sus múltiples retratos de los principales personajes femeninos, dando voz así a lo silenciado (cfr. la teoría feminista de la reconstrucción del canon literario), a lo enterrado (cfr. Margaret Atwood, por ejemplo), o a lo abyecto (cfr. Julia Kristeva).

Antes de las conclusiones finales, en el capítulo sexto —quizás el más interesante de todos ellos— se toman posturas ideológicas de feminismo más actual, observando ecos de ginocrítica, en cuanto a los problemas profesionales de la mujer en el ámbito laboral (cfr. Elaine Showalter); de la crítica de la representación (cfr. Brenda Marshall); y, sobre todo, de crítica feminista radical y de color, que se distancia de la crítica feminista más ortodoxa (cfr. Hazel Carby), entre otras. Por ejemplo, al ofrecer perspectivas que recapitulan la lectura política de los textos estudiados, Navarro propone tres modelos, interrelacionados y no excluyentes, de regeneración de los arquetipos femeninos indios: la mujer sin hombre (donde se explora el universo complejo de las situaciones de viudedad y de divorcio), el instinto maternal (en cuanto a la tremenda ambigüedad de sentimientos entre el amor de madre y la opresión patriarcal de esta figura) y la figura del andrógino, como tercera

vía alternativa. Utilizando, una vez más, las visiones históricas de occidente y oriente, Navarro busca alternativas a través de relecturas de los mitos y de las situaciones reales de la India —que actúa como crisol de lo mejor y lo peor de la situación mundial— tanto desde el ámbito de lo personal como del de lo local, tanto en los espacios rurales como en la explotación de las macroestructuras de poder. Navarro concluye diciendo que

In giving voice to the subaltern, and empowering the silenced with memory and speech, Hariharan and Roy accomplish their task of restoring a past —through the means of re-telling of mythology, alternatives to oppressive family relations, and offering transgressions to the state laws— in order to transform their nation. Both Hariharan and Roy are committed to social change, as the women's movement challenges the dominant model for transformation in Indian society, by exposing the limits of representation with its liberal claims for individual rights and freedoms. The personal stories, then, become political. (142)

Finalmente, nos gustaría añadir que este análisis temático y crítico de dos novelas clave de la literatura angloindia escrita por mujeres en la década de los noventa, además de estar escrito de forma sucinta, amena y muy clara, demuestra no obstante un conocimiento amplio y profundo, nada superficial, de una realidad que no está mirada desde los ojos eruditos, pero distantes, de la mera crítica de occidente. Antes al contrario, la labor de Navarro Tejero (como apunta además la prologuista del libro, Susie Tharu, catedrática de la Universidad de Hyderabad) es la de servir de puente, concienciado e ideológicamente comprometido, entre los dos mundos, como demuestra su extensa bibliografía final, que cita, como hemos podido observar, las principales fuentes críticas contemporáneas anglosajonas y los menos conocidos, pero igualmente sólidos, análisis feministas y postcoloniales de las principales universidades indias. Al mismo tiempo, conviven en este libro las fuentes del saber y el conocimiento sociológico del mito de la antiquísima sabiduría hindú, con sus revisiones y actualizaciones modernas, junto con las técnicas neohistoricistas y postestructuralistas del canon crítico norteamericano y occidental. *Gender and Caste...* (como su



propio nombre indica) tiene como principal virtud el no tratar estos dos temas por separado; siguiendo las corrientes de análisis más actuales, el estudio del género interactúa hábilmente con el de clase y, por ende, con el de raza, produciendo, así, una lectura crítica de los textos donde como la autora finalmente apunta en su último párrafo, «se desmitifican los vínculos entre las estructuras de poder, las prácticas culturales y las rela-

ciones genéricas». Confiemos, pues, en que trabajos como este sirvan para abrir caminos y releer los estereotipos entre civilizaciones con ojos de verdaderos orientalistas, como diría el famoso crítico palestino Edward Said, de grato y hondo recuerdo para todos los estudiosos de la literatura postcolonial.

Juan Ignacio OLIVA

